

ENSAYO*

HISTORIOGRAFIA Y NACIONALISMO

consideraciones sobre
el concepto de la nación

Por Jorge Solé Tura

Profesor Adjunto de
Derecho Político de la
Universidad de Barcelona

QUIZA el principal rasgo distintivo de la historiografía moderna sea su carácter de historiografía nacional. Como ha escrito Boyd C. Shafer: "El método habitual de los escritores de nuestra época y de los dos siglos precedentes ha consistido en escribir historias nacionales, en estudiar las instituciones nacionales, en intentar encontrar soluciones a los problemas nacionales (...). Proceden de esta manera porque la nación se ha convertido en la unidad social más importante y más accesible al estudio..."⁽¹⁾.

* BAJO la rúbrica de "Ensayo" el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes una colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto del tema general que se aborda a lo largo de doce meses. El tema elegido para 1975 ha sido la Historia.

En los boletines anteriores se han publicado: *La exposición en el campo de la Historia, nuevos temas y nuevas técnicas*, por Luis Suárez Fernández, catedrático de Historia Antigua y Media en la Universidad Autónoma de Madrid; *Historia del Derecho e Historia*, por Francisco Tomás Valiente, catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Salamanca; *Corrientes historiográficas en la España contemporánea*, por José María Jover Zamora, catedrático de Historia Universal Contemporánea en la Universidad Complutense; *Demografía histórica*, por Felipe Ruiz Martín, catedrático de Historia Económica en la Universidad Autónoma de Madrid; *Historia de la ciencia e historia*, por José María López Piñero, catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia; *Categorías historiográficas y periodificación histórica*, por Juan José Carreras Ares, profesor agregado de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza; *La biografía como género historiográfico*, por Carlos Seco Serrano, catedrático de Historia Contemporánea de España de la Universidad Complutense y *Los nuevos métodos de Investigación Histórica*, por José Angel García de Cortázar, catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Santiago de Compostela.

Al finalizar el año estos trabajos serán recogidos en un nuevo volumen de la *Colección Ensayos*, editada por la Fundación Juan March en colaboración con la Editorial Rioduero.

O como ha corroborado entre nosotros el profesor Murillo Ferrol: "... No sólo es la nación un concepto histórico, sino que la historia es un concepto nacional. O, para decirlo con más precisión: la conciencia histórica moderna es una conciencia histórica nacional, como también lo es —y a veces exageradamente— la historiografía que le ha servido de base"⁽²⁾.

Ocurre, sin embargo, que esa misma historiografía ha sido incapaz de elucidar con claridad el carácter de su propio objeto. ¿Qué es la *nación*? ¿Qué es el grupo humano que ha servido de base principal para el desarrollo de la investigación historiográfica?

Pierre Vilar ha explicado muy bien esa perplejidad del pensamiento histórico —y del sociológico— ante el problema de la nación: "Un estudio crítico del uso del vocabulario —escribe P. Vilar— demuestra efectivamente la facilidad con que se puede fichar un número importante de usos discutibles o manifiestamente abusivos de las palabras "nación", "nacional", "nacionalismo", "patriotismo" o "patria"⁽³⁾.

El propio Vilar demuestra, con datos incontrovertibles, la enorme imprecisión con que el término de nación ha sido manejado por historiadores y sociólogos y se ve obligado, por ello, a dedicar un gran número de páginas a explicar los fundamentos metodológicos de su monumental estudio sobre la formación del grupo nacional catalán en la España moderna⁽⁴⁾.

Boyd C. Shafer recoge, a su vez, una gran cantidad de definiciones del término nación, espigadas entre los historiadores y juristas más significativos. Y el rasgo más significativo de todas ellas es su gran diversidad y su imprecisión⁽⁵⁾.

Recientemente, Georges Haupt ha puesto claramente de relieve las vacilaciones con que se ha movido el pensamiento marxista en la elucidación teórica de la cuestión nacional⁽⁶⁾. Por su parte, Emmanuel Terray, en un sugestivo estudio, ha mostrado la discutible operatividad teórica de la famosa definición objetiva del concepto de nación realizada por Stalin⁽⁷⁾.

Estamos, pues, ante un serio problema teórico. Un problema que exige un gran esfuerzo de reflexión colectiva, desde ángulos diversos y que, desde luego, no puede ser resuelto dentro de los límites de un ensayo como el presente.

Mi propósito no es tan ambicioso. Desco, únicamente, proporcionar algunos elementos de reflexión que me han sido sugeridos por el estudio de una problemática nacional específica —la de Cataluña— y por la polémica en curso entre historiadores, economistas y sociólogos catalanes.

En efecto, en los últimos meses se ha desarrollado una importante discusión metodológica sobre la interpretación del nacionalismo catalán y, más exactamente, sobre sus orígenes y su contenido de clase. Esta polémica se ha desarrollado —y se desarrolla— con medios e instrumentos a todas luces insuficientes. Tuvo su primera plasmación en el Coloquio de Historiadores celebrado en Barcelona en mayo de 1974 y cuyos resultados fueron publicados en edición reducida⁽⁸⁾. Ha continuado luego en las páginas de la prensa diaria o en conferencias públicas. Pero ni se ha podido sistematizar ni ha podido encontrar, todavía, un instrumento de centralización y de difusión a la altura necesaria.

Con todas estas limitaciones, la polémica en curso ha puesto de relieve, sin embargo, la misma problemática del término “nación” y de sus derivados “nacional” y “nacionalismo”. Y en este sentido, creo que la cuestión desborda sus límites iniciales y nos obliga a situarnos en un plano metodológico más general.

La discusión gira en torno a la operatividad de los conceptos hasta ahora utilizados (“nación”, “nacionalidad”, “nacionalismo”, “nación-Estado”, “pueblo”, “revolución burguesa”, etc.) y en torno al contenido de clase del movimiento nacional en Cataluña. Por extensión, la polémica atañe igualmente a los restantes movimientos nacionales del Estado español.

En síntesis, el problema se podría situar así: ¿cuál es el componente social básico en los orígenes y el desarrollo del movimiento nacional catalán? ¿Se trata de un movimiento iniciado, impulsado y dirigido por la burguesía, con una participación totalmente secundaria de las clases populares? ¿O, por el contrario, es un movimiento de carácter fundamentalmente popular, en el que la burguesía se ha insertado históricamente para instrumentalizarlo? Y tanto en un caso como en el otro, ¿cuál es el juego real de las diversas clases en presencia? ¿Cómo se ven afectadas en sus relaciones mutuas y en sus relaciones con las clases sociales del resto del Estado por la consolidación del hecho nacional?

Como en toda polémica, los términos de la cuestión tienden a simplificarse. Así, por ejemplo, se ha hablado de una supuesta interpretación esquemática, que reduce la explicación del movimiento nacional catalán a una acción de la burguesía. Según los críticos, los principales exponentes de esta concepción seríamos Pierre Vilar, Josep Fontana y el firmante de estas líneas. La otra línea de la polémica podría estar representada quizá por historiadores como Josep Tarrats y economistas como Ernest Lluch.

Josep Termes resume su posición en estos términos: "Una nueva interpretación de este tipo, en el caso concreto de España nos llevaría a decir (cómo explicaba el otro día Fontana en una conferencia) que la revolución burguesa queda realizada ya hacia 1837. En consecuencia, todo lo que vendría después de este triunfo de la revolución burguesa española de 1837, todos estos movimientos de protesta popular democrática serían lo contrario de unos intentos de la burguesía para tomar el poder: serían unos intentos de las clases populares para hacer frente, para atacar al Estado de la burguesía.

Aplicando esto al problema nacional en la segunda mitad del siglo XIX, tendríamos que estas críticas contra el Estado, que esta oposición democrática al Estado no vendría de la burguesía para llegar en concreto al poder, sino al revés, de las clases populares, especialmente las urbanas y subordinadamente las campesinas, para combatir un Estado de la burguesía. Naturalmente, un Estado de la burguesía con el que la burguesía industrial catalana, la burguesía de la revolución industrial, está directamente vinculada, aunque de modo subordinado"⁽⁹⁾.

Y el propio Termes saca la conclusión: "... Creo que el hecho nacional es mucho más un hecho de las clases populares que de las respectivas burguesías de estos países"⁽¹⁰⁾.

A mi parecer, el problema está bien planteado. Pero la conclusión es exagerada, por unilateral. En todo caso, la discusión nos obliga a revisar conceptos y datos que dábamos por sabidos y a replantear temas tan polémicos como el mismo de "revolución burguesa". Y lo que está en el fondo de la cuestión es no sólo la recta interpretación del nacionalismo como hecho histórico sino también, y fundamentalmente, el concepto mismo de "nación".

Para entrar en el tema, yo diría que en toda cuestión nacional confluyen y se superponen intereses y aspiraciones de clase distintos. Lo que define el marco de una nacionalidad no es sólo la conciencia de una cierta comunidad histórica o de una comunidad psicológica (la unidad de destino, el proyecto de vida en común, el plebiscito cotidiano de que hablaba Renan, etc.). Se trata más bien de un conjunto de factores, históricamente desarrollados, entre los cuales tres tienen, a mi parecer, una importancia decisiva:

1. La lucha por la construcción de un poder político, de un Estado. Se trata de una lucha en la que todas las clases en presencia intervienen. Puede terminar con la construcción efectiva de un Estado o no, es decir, con una victoria o una derrota. Y estas pueden ser más o menos rotundas y estables.

2. La construcción de un espacio económico específico.

3. El desarrollo de una cultura particularizada. El elemento clave, pero no exclusivo, es la lengua. Aspectos importantes son la formación de unos valores particulares y las formas de adscripción a los mismos por parte de clases diversas.

Todos estos factores están presentes en mayor o menor grado en toda colectividad. Que acaben culminando históricamente en la forma de agrupación que hemos dado en llamar "nación" o, no es algo que depende fundamentalmente de la lucha de las diversas clases, tanto contra un adversario o unos adversarios comunes como entre ellas mismas. La nación es también el ámbito de la lucha de las clases sociales.

Como ha escrito E. Terray: "No insistiremos sobre las condiciones en que se formaron los Estados-naciones en el siglo XIX, ni sobre las exigencias económicas que impusieron esta formación: supresión de los particularismos y de los privilegios locales, formación de un mercado interior homogéneo, libre circulación de la mano de obra y de los productos, delimitación de un espacio protegido en cuyo seno el capital industrial puede desarrollarse al abrigo de la competencia. Pero, ¿quién fue el agente de este proceso histórico? Un bloque de clases que unía a los campesinos, a la pequeña burguesía y al proletariado naciente, bajo la dirección de la burguesía industrial y mercantil. Pues bien, desde la Revolución Francesa, es precisamente este bloque de clases el que constituye la nación, no la nación como conjunto objetivo, sino la nación como fuerza histórica. La coalición de las clases que sostienen la revolución francesa piensa su unidad en la idea de Nación. Por ello, la Nación, como fuerza histórica, extrae su existencia y su capacidad de iniciativa de esta coalición de clases.

Dicho de otra manera: la nación como fuerza histórica no coincide con la nación como conjunto objetivo. La primera surge de la escisión, del estallido de la segunda. Desde 1792, el rey y los nobles no forman parte ya de la Nación o, más exactamente, la Nación nace de su exclusión. En este sentido, no hay Nación sin emigrados y sin traidores. La nación como conjunto objetivo es un conglomerado de clases; pero la nación como fuerza histórica surge cuando en el seno de ese conglomerado se forman dos campos, uno de los cuales designa al otro como "agente del extranjero". El término de Nación remite, pues, a una cierta alianza de clases y caracteriza igualmente la forma de conciencia social en la que esta alianza refleja su existencia y su unidad"⁽¹¹⁾.

La cita es larga pero valía la pena reproducirla porque sitúa el problema en sus justos términos. Albert Soboul ha corro-

borado el análisis recientemente, con su estudio sobre la formación del concepto de nación en la Revolución Francesa⁽¹²⁾.

Estamos, pues, ante un concepto dinámico en el que el elemento fundamental es la formación o la ruptura de un determinado bloque de clases sociales. Esa formación o esa ruptura vienen determinados por una lucha, cuyo centro es el poder político institucionalizado.

Podríamos ilustrar esta tesis con una referencia sumaria al caso catalán.

La aparición y el desarrollo del movimiento nacional catalán, con sus diversas connotaciones de clases, debe enfocarse, a mi parecer, como un proceso de formación, desarrollo y ruptura de un determinado bloque de clases, directamente ligado con el problema de la formación del Estado español en el siglo XIX.

Ese Estado se construyó como un conjunto institucional burocrático y centralista, bajo la dirección de un conglomerado de fuerzas encabezado por lo que los historiadores han denominado la nueva oligarquía (es decir, la vieja nobleza latifundista, apenas tocada por la desamortización; la burguesía enriquecida con esa misma desamortización; el capital regresado de América, etc.). A mediados de siglo se produjo un auge del capital especulador (esencialmente a través de la explotación del propio Estado) y del capital industrial. Fue, precisamente, el choque entre este auge relativo y el cierre, cada vez mayor, del espacio de maniobra política por parte del propio Estado borbónico lo que llevó a ciertos sectores de la burguesía al enfrentamiento contra el régimen y al acuerdo circunstancial con otros sectores sociales para el derrocamiento de éste en 1868.

En todo este proceso, la burguesía industrial catalana se encontró en una situación muy contradictoria. Ella era la más interesada en la consolidación de un mercado unificado y protegido. Hablaba de mercado "nacional" y de trabajo "nacional", entendiendo por "nacional" el ámbito español. Pero no ocupaba una posición dirigente en el conjunto de fuerzas que dirigían el Estado centralista y centralizador, ni tenía un proyecto político distinto de éste. Durante la mayor parte del siglo XIX, el proyecto político de la burguesía catalana coincidió sustancialmente con el del Estado centralista. Preconizaba, eso sí, un Estado más democrático. Pero su proyecto político no ponía en primer término la cuestión del centralismo. Sólo algunos núcleos marginales se adscribieron al federalismo. Y ya avanzado el siglo, se iniciaron algunas correcciones a través del regionalismo conservador.

A su vez, las clases populares se mantuvieron políticamente a la defensiva. Fue en ellas —excluidas del sistema censitario de la monarquía borbónica— donde con más fuerza persistió el sentimiento de particularidad y tanto en el plano político como en el cultural y psicológico.

Pero ese sentimiento de particularidad no se concretó en ningún proyecto político hegemónico que hiciese de lo catalán, de la particularidad catalana, el programa principal.

Fue ciertamente entre los sectores populares —aunque no de modo exclusivo— donde se desarrolló un proyecto político que se enfrentaba directamente con el centralismo burocrático de la oligarquía. Me refiero al *federalismo*. Pero, hasta la Restauración, el federalismo fue un proyecto político global que expresaba intereses de clases diferentes, desde ciertos sectores del movimiento obrero hasta algunos sectores de la burguesía industrial, pasando por el núcleo principal de la pequeña burguesía urbana. Y en el proyecto federal, el acento principal se colocaba en la configuración abstracta de otro tipo de organización estatal, sin arraigar ese modelo en la especificidad de las diversas culturas populares. Además, no hay que olvidar que una parte importante de los sectores populares —y quizá los más combativos— tendían predominantemente hacia formas de apoliticismo⁽¹³⁾.

Un segundo proyecto descentralizador, opuesto al de la oligarquía, fue el del carlismo. Y en torno a él se agruparon importantes sectores del campesinado septentrional. Pero ese proyecto político se presentaba en términos inviables puesto que suponía el retorno a un Estado ya superado. Las sucesivas derrotas bélicas del carlismo acentuaron esa inviabilidad y llevaron al movimiento a un callejón sin salida. De hecho, el carlismo no tenía más salida que el federalismo. Pero si no se fundió con él fue porque el federalismo representaba un proyecto político vinculado a intereses de clases muy diferentes, urbanos y laicos.

En ese contexto, todo el proceso político que fue desde la revolución de 1868 hasta la Restauración, significó una derrota tanto para las clases populares como para la burguesía industrial catalana.

Derrota política de las clases populares porque fueron incapaces de imponer sus opciones programáticas (republicanismo, federalismo).

Derrota política de la burguesía catalana porque no consiguió estabilizar un poder político democrático hegemónico por ella y tuvo que aceptar una solución política —la Restauración— en la que ella tenía un papel subordinado.

La Restauración fue, pues, el resultado de esta doble

derrota. Las clases populares fueron marginadas autoritariamente del sistema político. La burguesía industrial catalana tuvo que aceptar un pacto político que materializaba su incapacidad de conseguir la hegemonía en el Estado (en el Estado centralista, no se olvide).

Pero ese pacto demostró pronto su inviabilidad. La oligarquía resultó incapaz de construir los mecanismos de un Estado parlamentario eficaz y de crear bases sólidas para una acumulación acelerada de capital, en un momento de intensificación de la lucha de los grandes Estados por las colonias, de exportación de capitales y de concentración monopolista.

Esto dió lugar a un nuevo reagrupamiento de clases en el área social catalana, delimitada no sólo por una cultura histórica sino también por una específica estructura económica. Y ese reagrupamiento fue preparado por una lucha ideológica, cuyos rasgos más salientes fueron los siguientes:

En primer lugar, la propuesta de síntesis entre las aspiraciones de la burguesía industrial y el federalismo, realizada por Almirall⁽¹⁴⁾. Sobre esta base, Almirall pensaba en afirmar un nuevo bloque de clases —desde las clases populares urbanas hasta la burguesía industrial— y lanzar una ofensiva política contra el Estado centralista, movilizandó a la periferia hispánica.

En segundo lugar, Torras y Bages hizo resurgir la vieja propuesta política del carlismo, pero no como un simple retorno al pasado sino como un intento de insertarlo en la marco político de la Restauración, con una perspectiva regionalista.

En tercer lugar, una parte de la burguesía catalana, incapaz de romper con el sistema del caciquismo, intentó una corrección de éste con planteamientos de corte regionalista (fue el regionalismo conservador).

El genio político de Prat de la Riba consistió en realizar una síntesis teórica en la que entraban todos estos elementos, hasta entonces dispersos, y en haber dado a la burguesía catalana un programa político propio, así como los medios de acción necesarios para intentar realizarlo (un partido, una prensa, un ideario, etc.).

El propósito político de Prat de la Riba era luchar contra el Estado centralista y reconstruirlo sobre una nueva base federal. Con eso empalmaba con el proyecto de Almirall. Era, pues, un propósito no separatista y democrático.

Prat intentó, también movilizar un bloque de clases específicamente catalán detrás de ese proyecto, es decir, dar a la burguesía una base de masas. Era, pues, la primera vez que un partido burgués salía del marco estricto del partido de nota-

bles y se planteaba una acción de masas rompiendo con el artificial bipartidismo de la Restauración.

Con este instrumento en sus manos, Prat se propuso presionar sobre los grupos centralistas, sobre el Estado, aprovechar sus contradicciones para forzar esa reconstrucción del Estado y consolidar la hegemonía de la burguesía industrial. Y en su obra de gobierno, dentro de los límites estrictos de la experiencia de la Mancomunidad, fue consecuente con ese proyecto.

Se trataba, evidentemente, de un programa contradictorio. El límite principal fue la incapacidad de imponer su hegemonía política e ideológica al proletariado a través del catalanismo. La clase obrera de Cataluña, o bien se declaró abiertamente hostil y fue encuadrada políticamente por el anarcosindicalismo o el lerouxismo o bien introdujo prontamente en el movimiento nacional catalán —sin hegemonizarlo— elementos que ponían en duda la dirección de la gran burguesía. Estos últimos elementos —que empalmaban con la tradición federal, laica y republicana o que intentaban una síntesis con el socialismo— se desarrollaron al agudizarse el conflicto de clases dentro del propio movimiento nacional catalán. De ahí salió una corriente política y sindical que intentó fundir en una misma aspiración programática y organizativa el movimiento obrero y el movimiento nacional. Bajo la II República esta línea experimentó un importante desarrollo, pero su fecundidad potencial es hoy una incógnita histórica, pues fue detenida por las circunstancias de todos conocidas.

Un segundo límite fue la tensión constante —y en general mal resuelta— entre el interés de clase de la burguesía catalanista y su aspiración a encabezar un bloque de clases diversas. Episodios como el de la Semana Trágica, de 1909, mostraron la estrechez con que la burguesía afrontaba ese problema y su radical incapacidad para realizar un programa político que sólo podía avanzar consolidando ese bloque social.

Un tercer límite fue, evidentemente, el choque entre su aspiración democratizadora y transformadora del Estado, por un lado, y la necesidad de negociar constantemente con la oligarquía y de buscar incluso la protección de su aparato estatal en los conflictos de clase internos de Cataluña.

Estos límites y esas contradicciones dieron al traste con la hegemonía política de la burguesía y abrieron, en el movimiento nacional catalán, una nueva fase en la que la dirección del bloque social catalán pasó a otras manos y en la que varió la composición relativa de ese mismo bloque social.

Pero esa es otra historia, apasionante y decisiva, cuyo análisis escapa a los límites de este breve ensayo. Por lo

demás, si he recordado estos hechos no es para hacer una historia del movimiento nacional catalán, sino para ilustrar con algunos ejemplos concretos algunas proposiciones metodológicas de tipo general. Creo que con los elementos que he citado basta para intentar esa síntesis de tipo metodológico y, en consecuencia, para recuperar el hilo inicial de mi reflexión.

¿Qué demuestran los hechos que acabo de recordar? Demuestran, en primer lugar, que el catalanismo no fue una creación instrumental de la burguesía —ni de ninguna otra clase social— sino el resultado de una compleja lucha política cuyo eje principal fue la lucha por la reestructuración del Estado.

Ese combate no fue planteado artificialmente por la burguesía, pero sí que fue la burguesía la que encabezó un proyecto político que situaba en primer plano la especificidad de un bloque de clases catalán.

Tanto la obra de gobierno de la burguesía como el tipo de enfrentamiento que el bloque de clases catalán tuvo con el Estado burocrático y centralista reforzaron la especificidad de ese mismo bloque social, tanto política como cultural y económicamente, es decir, reforzaron las bases de su nacionalidad.

Pero la nacionalidad es también el ámbito de la lucha de clases. Desde el primer momento aparecieron en el movimiento nacional catalán intereses de clase diferenciados. Y estos intereses acabaron propugnando y protagonizando proyectos políticos distintos, aunque eso sí, enmarcados todos ellos en un mismo contexto: el enfrentamiento con un Estado centralista que se trataba de reestructurar, de democratizar.

En un plano teórico más general, creo que todo esto permite hacer una serie de proposiciones.

La primera es que el análisis del concepto de “nación” y de “nacionalidad” debe centrarse en el proceso histórico de formación, consolidación y transformación de un determinado bloque de clases sociales.

Para esa formación, esa consolidación y esa transformación es decisivo el momento de la lucha y, por consiguiente, la especificidad propia y la del adversario. Es, precisamente, el juego dialéctico de esas especificidades —la propia y la del adversario— lo que da al movimiento nacional su carácter político, lo que fija su contenido democrático o no.

El tema del poder político, del Estado, es pues fundamental. La construcción de un Estado, la lucha por la reestructuración del Estado y la incapacidad misma para avanzar en esa construcción o esa reestructuración son elementos claves en la formación de una nación moderna. La relación de todas y

cada una de las clases con el Estado es primordial para la estructuración del bloque de clases como bloque nacional.

Ahora bien, la lucha política por sí misma no explica totalmente la especificidad nacional de un determinado bloque de clases sociales. Las estructuras económicas, la adscripción a unos valores histórico-culturales, la existencia de una lengua, la especificidad de un territorio, etc., son otros tantos elementos que configuran la peculiaridad de un bloque nacional de clases. Pero estos factores se desarrollan más o menos, se consolidan o se desfiguran, según los avatares de la lucha política, es decir, de la lucha en y por el Estado.

En este sentido, el carácter de clase de un movimiento nacional no es nunca un rasgo inmutable. Creer, por ejemplo, que el origen burgués de un movimiento nacional convierte a éste en un movimiento perpetuamente burgués es un verdadero primitivismo teórico y político.

Viceversa: ignorar la mezcla de contenidos de clase que se dan en todo movimiento nacional, los resultados de la lucha constante por la hegemonía, el carácter del adversario común, las transformaciones de ese mismo adversario y los cambios en las posibles alianzas extranacionales, como si todo movimiento nacional viniese prefigurado por un pasado histórico inmutable, es una muestra de dogmatismo inoperante.

La "nación" es, pues, un hecho dinámico en el que el momento del conflicto de las clases es totalmente decisivo, tanto para su configuración como para su subsistencia.

Como ha escrito Soboul: "Nación y patria son nociones que no están definidas una vez por todas. En cada etapa del movimiento histórico se afirman, bajo una máscara que puede parecer inmutable, en unas realidades sociales nuevas y continuamente móviles"⁽¹⁵⁾.

Son estas realidades nuevas las que el historiador debe percibir, sin diluirlas en un falso cajón de sastre cosmopolita, pero tampoco sin sacralizar unos aspectos diferenciales que parecen inmutables y no lo son. Se trata, en definitiva, de lograr la difícil síntesis entre lo permanente y diferencial, por un lado, y lo cambiante por otro. Esta es, por lo demás, la servidumbre y la gloria de la ciencia histórica.

Barcelona, julio de 1975

Notas

- (1) Boyd C. Shafer: *Nationalism*, Harcourt Brace. N. York, 1955. (Trad. francesa: *Le nationalisme. Mythe et réalité*. Payot. París, 1964, pág. 199.)
- (2) F. Murillo Ferrol: *Estudios de sociología política*, Ed. Tecnos, Madrid, 2.^a reimpresión, 1972, pág. 174.
- (3) P. Vilar: *Catalunya dins l'Espanya moderna*, Ed. 62, Barcelona, 1964, T.I., pág. 36.
- (4) Cfr. P. Vilar: *Op. cit.*, pp.36-45 y, en general, todo el tomo primero.
- (5) Cfr. Boyd C. Shafer: *op. cit.*, págs. 221-227. Cfr. también Jean-René, Suratteau, *La idea nacional. De la opresión a la liberación de los pueblos*. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1975, especialmente el cap. 1.
Cfr. igualmente la importante mesa redonda de la American Political Science Association, editada por K.W. Deutsch y W.J. Foltz con el título de *Nation-Building*, Atherton Press, Nueva York, 1963.
- (6) Georges Haupt: "Les marxistes face à la question nationale: l'histoire du problème". En G. Haupt, M. Lowy y Cl. Weill, *Les marxistes et la question nationale* (1848-1914), Ed. Maspero, París, 1974, págs. 10-61.
Cfr. también, H. Carrère D'Encausse, "Unité prolétarienne et diversité nationale. Lénine et la théorie de l'autodétermination", *Revue Française de Science Politique*, XXI, núm. 2, abril 1971.
- (7) E. Terray: "L'idée de nation et les transformations du capitalisme", en *Les Temps Modernes*, núms. 324-326, agosto-septiembre 1973, págs. 492-508.
- (8) Cfr. *Col. loqui d'historiadors*, Barcelona-3-4 maig, 1974. "Centro de Estudios Históricos Internacionales de la Universidad de Barcelona" y "Fundación Jaume Bofill", Barcelona, 1974. Cfr. especialmente la ponencia de Josep Termes y la discusión que la siguió, págs. 41-76.
- (9) J. Termes: *Problemes d'interpretació*. Ponencia, *Col. loqui d'historiadors*, op.cit. pág. 46.
- (10) *Loc. cit.* pág. 47.
- (11) E. Terray, *loc. cit.*, pág. 497.
- (12) A. Soboul: "La Révolution française. Problème national et réalités sociales". En *Nation et luttres de classes*. "Cahiers d'histoire de l'Institut M. Thorez", núms. 12-13, 2.^o trimestre de 1975, págs. 11-39. En este notable estudio, Soboul pone claramente de relieve la interacción de los elementos políticos, económicos, culturales y jurídicos —en medio de un intenso conflicto de clases— para la formación de los conceptos de "nación", y "patria". Es notable, por ejemplo, la vinculación que señala de ese último término con la transformación de la vieja concepción patrimonialista de la aristocracia. Tras el compromiso de ésta con la burguesía, fue la transfiguración del concepto patrimonial basado en la propiedad inmobiliaria uno de los elementos que con mayor fuerza contribuyeron a definir el concepto de "nación" (la nación identificada con la tierra y los muertos).
- (13) Cfr. la exhaustiva documentación reunida al respecto por el profesor J.A. González Casanova y el importante estudio con que la presenta en *Federalisme i autonomia a Catalunya (1868-1938)*, Ed. Curial, Barcelona, 1974.
- (14) Cfr. J. Solé Tura: *Ideari de Valentí Almirall*, Ed. 62, Barcelona, 1974. Cfr. también mi estudio, *El pensamiento político y la trayectoria de Valentín Almirall*, en "Revista Jurídica de Cataluña", número extraordinario, 1970, págs. 341-366. Recientemente, la figura de V. Almirall ha sido exhaustivamente estudiada por J.J. Trias Vejarano en su excelente *Almirall y los orígenes del catalanismo*, Madrid, Siglo XXI, 1975.
- (15) A. Soboul: *Loc. cit.*, pág. 39.